

MALABAR

LAURA DELGADO MONTERO

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2019**

MALABAR

LAURA DELGADO MONTERO

Trabajo de Grado

ASESOR:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2019**

“Las ideas y conclusiones planteadas en este trabajo son responsabilidad exclusiva del autor”.

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Presidente del Jurado

Jurado

San Juan de Pasto, marzo ____ de 2019

AGRADECIMIENTOS

La autora expresa sus agradecimientos:

A mi madre, que, con la perseverancia, la paciencia y el amor, se ganó mi corazón, mi respeto y toda mi admiración.

A David, por ser el pilar de mi familia; por enseñarme que siempre se pueden lograr las metas propuestas y por el cariño particular que me tiene.

A Cristina, que, con su energía positiva, llena mi vida de tranquilidad.

A Valentina, que brinda importancia a cada detalle de nuestras conversaciones, se toma el tiempo para leer mis escritos y por ser en todo momento incondicional conmigo.

A Aura mágica, pues con su imaginación interpretó mis relatos.

A mis abuelitos, que con el amor y la ternura fomentaron en mí valores que hoy en día me caracterizan.

A todas las personas que formaron parte de esta experiencia, que me enriquece y me permite ser cada día mejor.

A mi familia y a los que aprecio

RESUMEN

Malabar se constituye como un ejercicio de producción literaria, donde la narrativa hace de las suyas, la alteración del ser transporta a mundos que habitan en la mente y que, solo por medio de la investigación literaria, se logra conducir a la imaginación y al diálogo esta percepción, donde la *posibilidad* lo es todo.

La experiencia de escribir conlleva aprendizaje, al momento de dar rienda suelta a los diversos conocimientos que se encuentran en los libros y están dispuestos a la interpretación; allí se libera el lenguaje y el conocimiento, por ello, además de generar en el ser instantes y posibilidades, a cada uno lo convierte en amante del conocimiento, para posibilitar, con esto, diversos planteamientos educativos.

Palabras claves:

- Creación literaria
- Educación
- Literatura
- Relato

ABSTRACT

Malabar is an exercise in literary production, where the narrative makes its own. The alteration of the being transports to worlds that invade the mind and that, only through literary research, it is possible to bring this perception to the imagination and to dialogue, where the *possibility* is everything.

The experience of writing involves learning, when there is a release of the various knowledge found in the books and are willing to interpret. For that reason, in addition to generating instants and possibilities in the being, each one is a lover of the knowledge, to make possible, with this, diverse educative expositions.

Keywords:

- Education
- Literary creation
- Literature
- Story

CONTENIDO

	Pág.
PRESENTACIÓN	11
BIBLIOGRAFÍA	15
MALABAR	17
CÉSAR	18
LA PRENDA MISTERIOSA	20
EL CAMINO	24
UNA LLAMADA	27
EL LABERINTO	29
HISTORIA DE UN DÍA INOLVIDABLE	32
GEMA	33
OTOÑO	36
NOTAS MALDITAS	38
BESOS DE ROCÍO	42
UN EXTRAÑO DÍA	43
EMERGENCIA	46
MARGARET	47
ELIXIR	51
TIC TAC HOTEL	53

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. El rojo de tu cabello	20
Figura 2. Formas a la luz de la luna	27
Figura 3. Secreto	32
Figura 4. Trance	36
Figura 5. Notas de sangre fría	42
Figura 6. Ensordecedor	46
Figura 7. Circuitos	51

PRESENTACIÓN

Yo diría que para mí la literatura fantástica es aquella que, partiendo de planteamientos realistas introduce en el relato elementos no sujetos a comprobación científica o meramente lógica.

Augusto Monterroso, *Literatura y vida*.

Este trabajo pretende dar una explicitación de los conceptos en su constante transformación y como, cuando los altera la interpretación, pueden llegar a causar incisiones en el ser, lo que genera espacios impredecibles que conducen a lo desconocido, en que, si bien podría tratarse de momentos de re-descubrimiento en el hombre, también son motivo de temor, pues, como bien se sabe, la incertidumbre y lo desconocido inciden en el mayor temor al que se ha enfrentado la humanidad; bien lo dice Lovecraft, en el inicio del ensayo *El horror sobrenatural en la literatura*:

El miedo es una de las emociones más antiguas y poderosas de la humanidad, y el miedo más antiguo y poderoso es el temor a lo desconocido.¹

Por esta razón, se aborda el relato breve, ya que tiene la capacidad de elevar al lector y conducirlo a contradicciones existenciales, que permiten experimentar nuevas sensaciones respecto a la lectura. Entonces, resulta evidente que se toma al relato como una herramienta estratégica, que permitirá al lector, escritor y docente, resultar agraciado con la invitación a la gala de sentires y mutaciones que las historias traen consigo.

Malabar constituye un juego en el que, con agilidad, se logra encontrar el momento de un objeto que, por segundos, logra crear la sensación de que a él mismo no lo afecta la gravedad. Del mismo modo, se titula este trabajo, y el objetivo es elevar y sostener al lector en un momento que se transforma y permite que se engendraran en él instantes de angustia, que suscitan emociones e intrigas que le permitieran nuevas interpretaciones, donde la imaginación y la capacidad de contar historias encuentran su momento, por lo que quedan suspendidos en el aire, como leves pompas de jabón, en espera de la oportunidad para que alguien las interpretase, cuando altera y sobrelleva los diferentes mundos a los que se invita al lector, si se mantiene la expectativa por lo que vendrá.

La relación que tiene *Malabar* con el tipo de relatos que se entregan al lector se dirige directamente al encuentro con la morfología de la palabra *suspense*, “expectación impaciente o ansiosa por el desarrollo de una acción o suceso”.² Por tanto, la intención se vincula con sumergir al lector en un mundo donde la realidad se convirtiese en solo un medio, lo que impide que su crueldad se limitase a posicionarlo en un tiempo y un

¹ H. P. Lovecraft. *El horror sobrenatural en la literatura*. Disponible en: <http://190.186.233.212/.../Howard%20P.%20Lovecraft%20-%20El%20Horror%20Sobrenat...>

² Martín Alonso. *Diccionario del español moderno*. Madrid: Aguilar, 2006.

espacio determinados, para conducirlo, sin duda, a lo insólito y a las ansias por resolver los hechos que se incorporan en los relatos. Señala Lovecraft:

Uno de mis anhelos más fuertes es el de lograr la suspensión o violación momentánea de las irritantes limitaciones del tiempo, del espacio y de las leyes naturales que nos rigen y frustran nuestros deseos de indagar en las infinitas regiones del cosmos, que por ahora se hallan más allá de nuestro alcance, más allá de nuestro punto de vista.³

El suspenso lleva a quien lee a constituir una parte importante, pues lo afectan, en sus sentidos, la espera y el deseo de conocer el desenlace de la historia narrada, cuando se mantiene la expectativa sobre la solución.

De esta forma, se presenta el relato breve, ya que permite revelar, por medio de historias pequeñas,⁴ cómo se concretan unas ficciones, en las que las diferentes expresiones verbales contribuyen al surgimiento de nuevos universos, con sentidos que, a través de la reflexión que el lector realiza, posibilitan la percepción de la existencia del otro, se reinventa el afuera y, así, se altera el comportamiento del lector, pues se genera, en él, la reestructuración del entorno.

En torno a este aspecto, señala Jacobo Siruela que

la brevedad del relato asume en todo momento un perfecto control sobre el plano imaginario del lector, que sostiene y modula el *crescendo emocional* de la lectura en cada una de las partes del argumento.⁵

Por ello, este trabajo pretende abrir para el lector un espacio orientado al desarrollo de su creatividad y, de la misma forma, crear un canal para expresar de forma fantástica los sucesos cotidianos del ambiente en el que desarrolla su historia de vida, lo que da lugar a una infinita cantidad de resultados, según las elecciones que estableciera el sujeto, de modo que controlase y asumiera la existencia de esos mundos, para dejar a un lado las afecciones que se podrían experimentar si se rige por la realidad a través del tiempo y el espacio, al tomar el relato fantástico no solo como un texto claramente organizado, sino como la influencia emocional que puede causar debido a los leves espacios sobrenaturales que se plantean en la historia.

Resulta una necesidad valorar la importancia que tiene el relato en relación con la educación, debido a que, por medio de los procesos de enseñanza y aprendizaje, el estudiante desarrolla parte de su personalidad y la mejor forma de hacerlo es dejarlo que él actúe y piense a su modo, lo que significa replantear la concepción que se tiene de educación tradicionalista, que se ve como una mera divulgación de conocimientos, normas y teorías, que solo logran limitar el libre desarrollo de los estudiantes, lo que

³ H. P. Lovecraft. Notas sobre el arte de escribir cuentos fantásticos. Disponible en: <https://ciudadseva.com/texto/notas-sobre-el-arte-de-escribir-cuentos-fantasticos/>

⁴ Cesar Valencia Solanilla. Augusto Monterroso ensayista: La estética de la brevedad. *Poligramas* 22 (oct., 2004):115-36. Disponible en: <http://bibliotecadigital.univalle.edu.co/retrieve/10252/license.txt>

⁵ Jacobo Siruela. *Antología universal del relato fantástico*. Vilaiür: Atalanta 2014, p. 31.

transforma al docente en un guía, que orienta en el proceso de re-surgimiento de otros conceptos más pertinentes.

Por esta razón, *Malabar* es, también, una invitación al fomento de la lectura y la escritura, pues, se configuran como la máxima expresión de los imaginarios del hombre, ya que, a través de ellas, se materializan los constructos de mundos posibles. Ahora bien, cuando se escribe, se podrían expresar temores, sueños, deseos, pasiones y un sinfín de emociones, sin necesidad de sentirse expuestos, debido a que se tiene la posibilidad de finalizar la historia de la forma que se desease, lo que permite un aprendizaje significativo, de modo que a aquello que se somete a lectura se le otorga un nuevo valor estético que, al final, se reconoce como la obtención de un entendimiento crítico del texto.

Como elemento de formación, con *Malabar*, se intenta adaptar propuestas de la Escuela Nueva, ya que se preocupa por el quehacer de los estudiantes, para llevar a que la educación constituyese un proceso vivencial en el que el estudiante y el docente crearan un lazo que, de una u otra forma, va a fortalecer la adquisición de conocimientos, puesto que, en la actualidad, en la enseñanza de la literatura, el docente se ve limitado a contextualizar al educando de tal forma que por medio de la lectura estableciera la identificación básica del contenido del texto, sin imprimirle ningún fundamento propio. Sin embargo, es necesario que el docente enfatizara en la sensibilización por el reconocimiento del contenido que tienen, en este caso, los relatos, pero, además, de lo que aportan; así, se genera el desarrollo de la competencia interpretativa de los estudiantes y, así mismo, el reconocimiento del texto al que se enfrentan y le reconocen legitimidad. Julián de Zubiría señala que

El papel de todo buen maestro es formular preguntas. Vivir diseñando acertijos y dilemas, analogías que nos hagan relacionar lo nuevo con lo antiguo y metáforas que nos lleven a soñar una realidad distinta.⁶

Además, establece que

el fin de la escuela no puede estar limitado al aprendizaje, la escuela debe preparar al individuo para enfrentar la vida. La escuela debe hacer sentir bien al niño; aquí y ahora.⁷

Cuando un docente relata hechos anecdóticos, su intención lleva a que se intrigaran los estudiantes, para generarles un estímulo, que propendiera por la curiosidad, el aumento de sus deseos de conocer el mundo y su constructo inmediato. Con la lectura y la creación de relatos, se espera que aumentara la intriga y la capacidad de interpretación, que permitieran un mejor desarrollo de las competencias de los estudiantes, por el hecho de que, cuando se ejercita la capacidad creadora, se propician espacios de diálogo y crítica que permiten proporcionar nuevas perspectivas y formas de ver el mundo, lo que pudiera producir una sensibilización y el impulso para la creación de más historias.

⁶ Julián de Zubiría. *De Los modelos pedagógicos: hacia una pedagogía dialogante*. Bogotá: Magisterio, 2006, p. 11.

⁷ *Ibíd.*, p. 111

Malabar se resume en un acto de escritura, que invita a lectores, escritores y docentes a jugar con los espacios, a mutar la realidad de tal forma que se impidiera la caída de la imaginación, ante la gravedad que tan salvajemente limita en la actualidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Martín. *Diccionario del español moderno*. Madrid: Aguilar, 2006.
- Arreola, Juan José. *Estas páginas mías. Antología*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Bierce, Ambrose. *La muerte de Halpin Frayser*. Disponible en: <http://reneportas.blogspot.com.co/2010/07/la-muerte-de-halpin-frayser.html>
- Bierce, Ambrose. *Una noche de verano*. Disponible en: <https://narrativabreve.com/2014/09/cuento-ambrose-bierce-una-noche-de-verano.html>
- Blackwood, Algernon. *El wendigo*. Disponible en: <http://www.bibliacs.com/liv/1498.pdf>
- Hoffmann, E. T. A. *El hombre de arena*. Disponible en: <http://ciudadseva.com/texto/el-hombre-de-arena/>
- Irving, Washington. La leyenda de Sleepy Hollow y otros cuentos de fantasmas. Disponible en: https://visualelbolsón.files.wordpress.com/.../la_leyenda_de_sleepy_hollow_y_otros_c...
- James, Henry. *La figura en el tapiz*. Disponible en: <http://ciudadseva.com/texto/la-figura-en-el-tapiz/>
- Kipling, Rudyard. *La marca de la bestia*. Disponible en: www.ataun.net/.../Rudyard%20Kipling/La%20marca%20de%20la%20bestia.pdf
- Lovecraft, H. P. Notas sobre el arte de escribir cuentos fantásticos. Disponible en: <http://ciudadseva.com/texto/notas-sobre-el-arte-de-escribir-cuentos-fantasticos/>
- Lovecraft, H. P. *La llamada de Cthulhu*. Disponible en: <http://www.relpe.org/recursos/libros/lallamadadecthulhu-lovecraft.pdf>
- Lovecraft, H. P. *La sombra sobre Innsmouth*. Disponible en: <https://arescronida.files.wordpress.com/2010/09/la-sombra-sobre-innsmouth2.pdf>
- Lovecraft, H. P. *La torre*. Disponible en: <http://ciudadseva.com/texto/la-torre/>
- Machen, Arthur. *Vinum sabbati*. Disponible en: <http://www.lamaquinadel tiempo.com/prosas/machen01.htm>
- Martínez Jiménez, José Antonio, et al. *La narración (I). La acción narrativa*. [Madrid: Akal, 2011]. Disponible en: <http://enciclopedia.banrepcultural.org/index.php/narrativa>
- Maupassant, Guy de. *¿Quién sabe?* Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/130048.pdf>

Melo Mora, José Herney. *Relatos del viejo Sebas*. [Trabajo de grado. Universidad de Nariño, Pasto, 2015]. Disponible en: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=91161>

Monterroso, Augusto. *Literatura y vida*. Bogotá: Alfaguara, 2003.

Palacios Arcos, Eliana Estéfany. *Relatos aurorales*. [Trabajo de grado. Universidad de Nariño, Pasto, 2015]. Disponible en: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=86441>

Piglia, Ricardo. *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2005.

Pinchao Huertas, Roberto Sebastián. *Errancias*. [Trabajo de grado. Universidad de Nariño, Pasto, 2015]. Disponible en: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=90819>

Poe, Edgar Allan. *Eureka*. Disponible en: <http://www.poe-eureka.com/wp-content/uploads/2014/03/Eureka.pdf>

Poe, Edgar Allan. *Siete relatos de horror y suspenso*. Disponible en: https://issuu.com/ibethfernandez/docs/poe_edgar_allan_-_siete_relatos_de

Radcliffe, Ann. *Los misterios de Udolfo*. Disponible en: <https://ifdchistoriadelarte2.files.wordpress.com/2014/05/radcliffe-ann-los-misterios-de-udolfo.pdf>

Siruella, Jacobo (ed.). *Antología universal del relato fantástico. Exordio*. Disponible en: http://www.elboomeran.com/upload/ficheros/obras/79__issuu_antologia.pdf

Valencia Solanilla, Cesar. Augusto Monterroso ensayista: La estética de la brevedad. *Poligramas* 22 (oct., 2004):115-36. Disponible en: <http://bibliotecadigital.univalle.edu.co/retrieve/10252/license.txt>

Varela Arteaga, Jorge Mauricio. *Distempo*. Trabajo de grado. Universidad de Nariño, Pasto, 2015.

Walpole, Hugh. *La nieve*. Disponible en: <http://mercedes-clio.blogspot.com.co/2016/12/la-nieve-hugh-walpole.html>

Zamudio Cadena, Diana Emilce. *Al caminar (relatos)*. [Trabajo de grado. Universidad de Nariño, Pasto, 2009]. Disponible en: <http://biblioteca.udenar.edu.co:8085/bibliotecavirtual/viewer.aspx?&var=80372>

Zubiría, Julián de. *Los modelos pedagógicos: hacia una pedagogía dialogante*. Bogotá: Magisterio, 2006.

MALABAR

CÉSAR

Tomó su maleta y abrigo con avidez, cerró la puerta de un tirón y dejó atrás la llama de una fuerte discusión; su rostro lo delataba; el sudor, las venas al borde del colapso y algún nerviosismo lo acompañaron durante el camino.

Antes de llegar a casa, decidió detenerse en el supermercado para comprar algunos utensilios de aseo y un paquete de cigarrillos, del que fumó uno tras otro, con la firme intención de disimular sus ansias.

Pronto llegó a casa y el peso del tormento lo invadió. Con torpeza, logró abrir la puerta principal y llegar al *lobby*. En ese momento, un sentimiento de honda culpa lo agobió, para dejarlo por el suelo, junto con las cosas que había comprado en el súper.

El llanto se apoderó de su ser; el tiempo seguía su curso y el reloj lo acosaba, así que César decidió subir hasta su apartamento, para no despertar ninguna sospecha entre sus vecinos. Al estar ahí, respiró hondo, caminó hacia la cocina y dejó los paquetes sobre el mesón.

Al fingir que todo estaba bien y que, luego, podía mejorar, se decidió a tomar una ducha; ~~gracias a que pensó que su día podía mejorar~~; entró al baño y, entonces, una mancha de sangre en la manga de la camisa lo alertó. Estupefacto, se paró frente al espejo y se miró en detalle, para ver si en cada milímetro de su piel había algún otro rastro de esa sustancia.

Entró a la ducha, con toda la paciencia y la calma que había creído perder, y tomó un vaporoso baño de vainilla fresca. Al salir, las cavilaciones iniciaron nuevamente: las evidencias, la sangre, la ropa, —pensó—.

Vehemente, llega a la cocina y trata de limpiar todo el lugar, como si se tratara de su conciencia; al ir en mitad de la limpieza, recordó su maleta; se aproximó a la puerta y se desvaneció, al quedar al mismo nivel de ella.

De pronto, un llanto desesperado lo apresa de nuevo; toma la maleta, la pone sobre sus piernas y piensa en todo lo que le había ocurrido: cada suceso acontecido, cada corte, cada marca.

Una leve sonrisa escapa de su boca, que, en seguida, estalla en una siniestra carcajada; una motivación frenética lo obliga a abrir la maleta y con estupor observa el pálido rostro de la mujer de rojizos y rizados cabellos.



Figura 1. El rojo de tu cabello

LA PRENDA MISTERIOSA

Era Navidad y Marcos Desler trabajó en su oficina, hasta cuando la última luz del edificio se apagó. Era un hombre solitario, al que un trágico accidente le había arrebatado su familia hacía ya tres años.

De salida hacia su casa, la curiosidad lo impulsó a que revisara qué había en el arbolito de la oficina irrisoriamente decorado. Para su sorpresa, descubrió un paquete que, en letra legible, decía MARCOS, que se hallaba en la base del arbolito; lo tomó y guardó en su abrigo y se marchó.

Al llegar a casa, abrió el paquete; un agradable aroma lo inundó y, en medio de un vaivén de sensaciones, observó una hermosa bufanda color vinotinto. De inmediato la retiró del empaque, se la colgó del cuello y el espejo fue el único testigo del encanto que le produjo.

Con el paso de los días, en la oficina notaron que cualquiera fuera el traje que llevara Desler, siempre lo acompañaba con la bufanda vinotinto; además, resultaba inevitable percatarse que su ánimo se había alterado; la impaciencia y la exasperación habían reemplazado a la calma y cortesía que lo caracterizaban, a consecuencia de un mal sueño, que cada día empeoraba; los sobresaltos eran más frecuentes y volvía a la vida a la hora de despertar, pero el hecho fue algo a lo que él no le prestó atención.

Una mañana llegó un caso al Departamento de homicidios y a Desler lo eligieron para que se hiciera cargo; frenético y algo turbado empezó a analizar el caso: un panadero, de nombre José Penducci, había sido encontrado sin vida en la bodega de la panadería, atado a una silla, con signos de tortura. Una vez asumió la investigación, salió para reconocer el lugar donde se había cometido del crimen, en espera de encontrar alguna pista que lo condujera hasta el asesino; al llegar, lo observó todo con atención y tomó algunas muestras, como en todo protocolo de inicio de una investigación; de repente, algo en su interior se revolvió y lo llevó al borde del colapso, sintió un fuerte dolor de cabeza y, cuando llegó a la oficina, pidió que lo relevaran para ir a descansar.

Sobresaltado, abrió los ojos; todo su cuerpo estaba cubierto de sudor; un mal sueño había irrumpido en su descanso; se levantó y vio el reloj, que indicaba las cinco de la mañana; se dirigió al baño, se vio en el espejo y se desconoció, pues, notó que su boca esbozaba una leve y malévol a risa. En seguida, percibió que se desataba una conversación entre dos sujetos, en su interior:

—¿Estás listo?

—¿Para qué?

—Ya sabes para qué; no te hagas el que no lo sabes, —y una leve risa se oyó—.

—Está bien, vamos, —y se dirigió hasta el cuarto de ropas; una vez allí, al despojarse de la ropa que traía puesta, tomó una camisa, que se hallaba sobre el fregadero; sus ojos, como dos hogueras, brillaron al ver las pintas de sangre seca que se destacaban en la superficie de la prenda; luego, se puso un pantalón, unas botas, un gabán largo y la infaltable bufanda vinotinto.

Así, salió a caminar, aparentemente sin rumbo fijo; una vez en camino, descubrió la presencia un joven que, por su forma de caminar, evidenciaba su estado de embriaguez. Una de las voces, en su interior, le susurró:

—Este es el momento; allí está uno más.

—Claro, —le respondió la otra voz—, sigámoslo.

Con un saltito, lo siguió y dio inicio a la cacería; con sigilo, empezó a perseguir al joven. Una de las voces, lo interrogó:

—¿Por dónde empezaremos esta vez?, ¿por los pies, por la cabeza o, mejor, por las manos? ¿Por dónde? Dime, dime, —y la otra voz le respondió:

—Ya cállate; en el camino, ya veremos.

Al llegar a un callejón solitario, se abalanza sobre la víctima, la agarra, forcejean, caen al suelo; mientras el joven manoteaba para zafarse, agarró con fuerza la bufanda a su atacante, quien, con renovada fuerza y extrema ira, lo agarra y azota contra el suelo la cabeza del joven con tanta violencia que le quita la vida.

Otro sobresalto; rápido va al baño, donde revisa todo su cuerpo. Los sueños que había tenido le parecían tan reales que el pánico empezó a apoderarse de él.

—¡Ring, ring!, —suena el teléfono y ese sonido le alejó la intención de deshacerse de la bufanda; una vez más,

—¡Ring, ring!, —lo descuelga y, al otro lado del auricular,

—¿Desler, está ahí?; es urgente, señor. Desler, —era la voz de la secretaria del departamento.

—¿Qué pasa?

—Se ha presentado otro caso.

—Ya mismo salgo para allá. —Una vez en la oficina, la secretaria, Irene, intenta a ayudarlo y le recibe las cosas que llevaba: su portafolio, el sombrero, el abrigo y con tan solo rozarle con los dedos la bufanda vinotinto, él cambia algo en el fondo de su mirada y una mueca imperceptible se esboza en su boca.

La secretaria, con algo de temor, le entrega el informe y se retira, para que pudiera hacerse cargo de lo acontecido. Marcos abre la carpeta y, una vez enterado, de inmediato

decide que debe ir al lugar de los hechos; sin embargo, ya en camino, una presión lo obliga a desertar de esa idea y cambia de rumbo, para dirigirse a su casa; al estar ahí, abre las ventanas de su cuarto, se recuesta sobre la cama y se duerme.

No sabe cuánto tiempo ha transcurrido, pero, de pronto, una ráfaga de viento irrumpe y lo despierta; con calma, abre los ojos, mira el reloj, las cinco de la mañana; el sudor una vez más lo molesta, se pone de pie, va al baño y, antes de llegar, una voz interna le dice:

—¿Dónde iremos esta vez?

—Irene nos espera.

—¿Irene?

—Sí, esta vez lo vamos a disfrutar; lo de anoche no fue lo mejor. Andando. —Una vez frente a la casa de la víctima, la observa, camina y llega hasta la puerta, toca el timbre; por la mirilla, lo observan, pero, desde adentro preguntan:

—¿Quién es? —Una vez confirmado, abre la puerta y él se arroja contra Irene, la somete y con un golpe la deja sin conocimiento; cuando se recobra, ella ve que está amordazada y, ante ella, a la vista descubre una silueta que le resulta familiar, pero su actitud la llena de pánico: el sujeto, él, Marcos, se le acercaba y, entre sus manos, llevaba una lima y una aguja.

De un salto, Marcos se levanta de la cama; siente que el aire le falta, abre la ventana; va hasta el teléfono, marca y llama a la oficina; le contesta Fajardo, un colega, quien, con un tono poco expresivo, le dice que es necesario que fuera. Al llegar, le dice:

—A Irene la encontraron muerta, con los mismos signos que el señor Penducci. — Desler no supo qué responderle.

Una vez en su casa, se sentó y se puso a pensar; luego, como en un trance, cayó en cuenta que había soñado los ataques que se habían desarrollado en los últimos días, incluso el de Irene, pero si decía algo, sabía que iba a ser sospechoso; sofocado e impaciente, intenta quitarse la bufanda vinotinto y, allá en el fondo, oye la voz, como un chillido:

—¡No! ¿Qué haces?, —y escucha la otra voz:

—Deberías morir de una vez por todas. —Consternado por las palabras de las voces que oía en su interior, Desler, en un último acto de dominio, toma el teléfono y llama al departamento; cuando le responden, solo alcanza a decir:

—¡Ayuda! —Luego, se tira al piso y, en medio del llanto, intenta una vez más retirarse la bufanda vinotinto, pero, entonces, un dolor inimaginable lo dominó, sentía como su interior ardía y calcinaba todo lo que él era; se apoderó de él la sensación de que todo a su alrededor se extinguía hasta que, por fin, dejó ver en él una sonrisa natural, que mostró que ya no era el dueño de su cuerpo.

EL CAMINO

Era una de esas tardes particulares, llovía y el ambiente se tornaba sombrío; los rayos de aquel día eran aterradores y la brisa parecía que congelaba los latidos: ¡Tuc, Tuc, Tu, T, T, T...!

Ellos caminaban con los zapatos inundados, porque las calles no ayudaban a lo contrario, y mucho menos mejoraba la situación. Caía la noche, que se tornaba cada vez más pesada, no solo por el peso del agua en las ropas y el aire casi in-aspirable, sino porque algo más acosaba y generaba malestar en el camino.

Era la tía Martina, acelerada en su andar, que pretendía llegar a algún lugar y eso, en el recorrido, se había convertido en el motivo de la divagación mental de Miguel: ¿irá a casa?, ¿habría olvidado algo en el mercado?

Estaba algo desorientado y notó que, a su tía, la fatiga la alcanzaba mucho más que de costumbre; su rostro permanecía inexpresivo, pero el paso iba en aumento, hasta el punto de llevar casi a rastras al pequeño.

De repente, un susurro, unas palabras que se convirtieron en gritos e impedían que Miguel pidiera ayuda. En medio de su estupefacción, logró, con detalle, ver cómo su tía, o la que solía ser su tía, sufría una metamorfosis horrorosa: su piel se caía a pedazos y, debajo de ella, quedaba una baba verdosa; sus ojos brillantes se tornaron de un negro profundo, como la eterna oscuridad que rondaba en ese instante en la calle, como un augurio de desesperanza, terror y un espantoso afán.

La noche llegó al clímax; esa cosa, en la que se había convertido la tía Martina, no cesaba de gritar; su caminar errático era desesperante, y Miguel, ahora preso, con cada nuevo paso que daba olvidaba poco a poco cada detalle de su vida.

A pesar del infortunio que padecía, con el fango que le cubría la cara y bañado en la babaza del monstruo, Miguel logra vislumbrar la plaza central; unos faroles alumbraban el camino con una tenue luz roja, las bancas ahora eran piedras de gran tamaño y lo que por un momento entusiasmó al pequeño, terminó por horrorizarlo por completo.

Las personas que se hallaban en el lugar presentaban los mismos cambios que había sufrido la tía Martina. En ese instante, anheló salir del laberinto de hechos que lo habían llevado a estar ahí.

Por todos los medios, intentó persuadir, a quien lo aprisionaba, para que lo liberara; sin embargo, una honda molestia en su garganta lo disminuía, lo reducía como ser; ahí, cuando alzó su mirada, trató de enfocar el horizonte, pero algo había cambiado.

El ambiente, antes denso, se tornaba ameno; la luna, que antes era invisible, brillaba más que nunca y marcaba un camino que hacía poco él no veía, por lo que decidió seguirlo,

para advertir, entonces, por un reflejo en el agua, que algo en él se veía diferente, su cuerpo, que había olvidado, había dado origen al cambio y, ahora, él ya no era un monstruo.

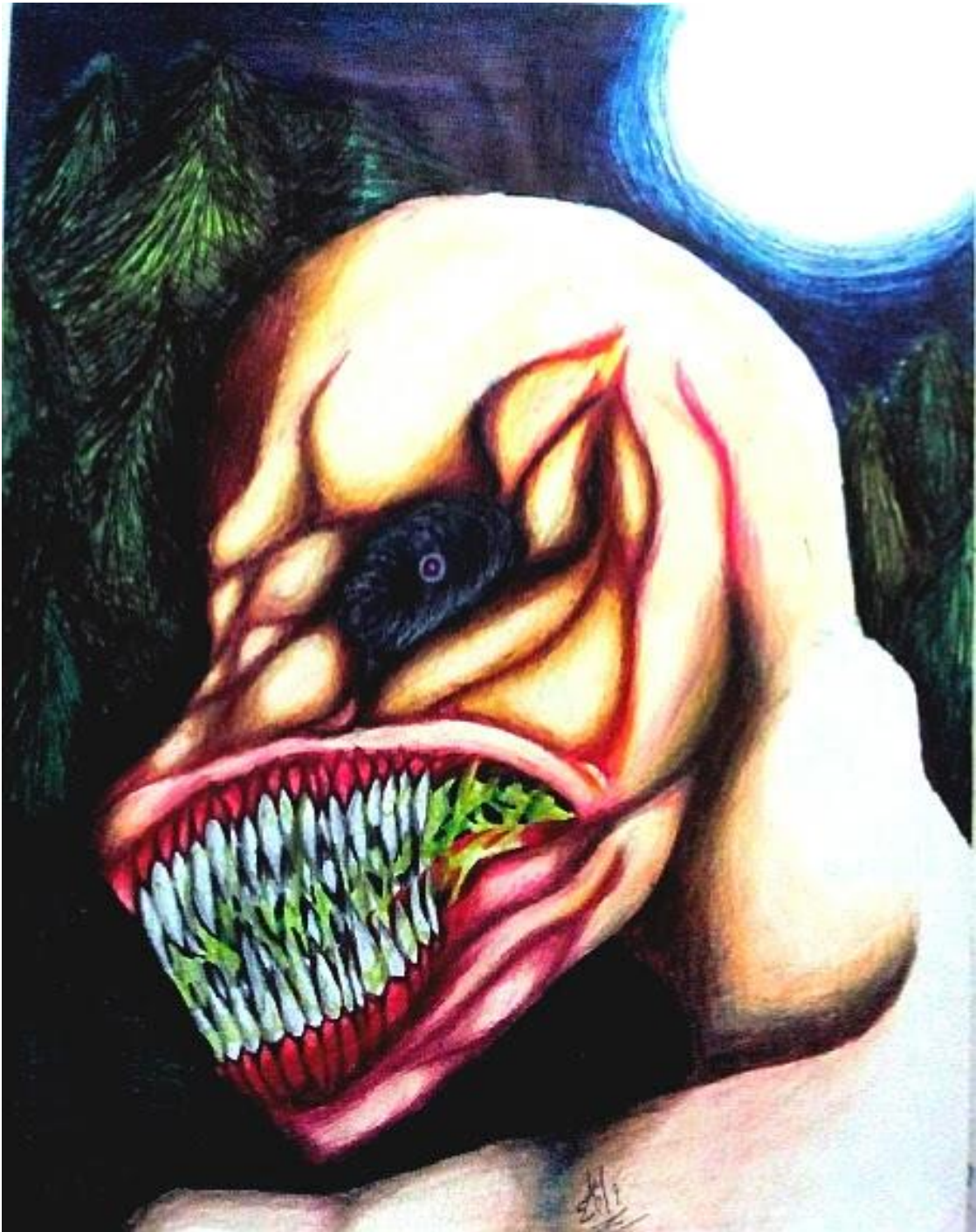


Figura 2. Formas a la luz de la luna.

UNA LLAMADA

Bajó las escaleras, apresurada, en el intento de responder al repique del teléfono; tomó la bocina con agilidad, mientras pensaba que sería de la oficina. Juliana, su secretaria, le enviaría los documentos del contrato más grande que se celebraría en su empresa y necesitaba que los revisara lo antes posible para cerrar el acuerdo, pero en el teléfono no hubo respuesta; decidió llevarlo consigo al segundo piso, para contestar sin ningún afán la llamada que estaba esperando.

Se acostó nuevamente y encendió la televisión, mientras buscaba un canal que fuera de su agrado; volvió a sonar el teléfono y, otra vez, el silencio reinaba en el auricular; con disgusto por lo sucedido, se dispuso a ver qué aparecía en cualquier canal y, por tercera vez, el timbre del teléfono irrumpió en su calmado momento de descanso.

Esta vez era Juliana; su voz se escuchaba sofocada; imaginó que el estrés del trabajo la tenía así. Entre la conversación, le pidió que fuera a la oficina, porque algo faltaba en los documentos, que existían incongruencias y que era mucho mejor que fuera a revisar con ella.

Salió de la casa y detrás suyo el repique del teléfono se oía; no regresó, pues pensó que sería una vez más Juliana, con el frenesí y desespero por su ausencia. Durante el trayecto, su preocupación iba en aumento; ese era el contrato del año y, con él, su compañía subiría de nivel.

En el momento en que llegó, en la oficina reinaba la oscuridad; solo una luz del fondo estaba encendida, las cabinas desocupadas y en penumbra, lo que daba un toque lúgubre al lugar. A lo lejos, logró ver la silueta de Juliana, sentada en su silla. Con prontitud, llegó a la puerta, que se hallaba entreabierta; el sonido del teléfono, la sudoración, la preocupación, el estrés, le impedían concentrarse.

Con torpeza, abrió la puerta por completo, contestó el teléfono y el silencio que la rodeaba la dejó absorta, invadía todo el lugar y, una vez más, se sintió a disgusto. Colgó con ira y le habló a Juliana, sin encontrar respuesta; creyó que solo había pensado lo que quería decirle, así que se lo repitió en un tono más alto y, aun con el aumento en el volumen de su voz, no recibió respuesta alguna.

En un impulso y con tono de regaño, giró su cabeza y pronunció su nombre:

—¡Juliana! —Fue tan perturbadora la imagen siguiente, que cayó y, al estar en el suelo, sintió el acoso de su mirada, que revelaba vacío, y el gesto de su rostro mostraba un hondo terror. Una vez más sonó el teléfono, para alterar una vez más la situación.

Sintió fatiga y dificultad para respirar, no tenía cabeza para nada, aunque sabía que tenía que hacer algo; la confusión y el temor le impedían la sensatez. Intentó ponerse en pie,

aunque fracasó de inmediato; el teléfono no cesaba de retumbar en el silencio, llenaba todo el espacio y con eso le llegaba hasta su esencia.

Con desespero y a rastras, llegó hasta el teléfono, lo levantó, lo acercó a su oreja; el tiempo se detuvo, sintió cómo su cuerpo se desvanecía y algo dentro de él se escapaba por entre los agujeros del auricular. Ahora, el silencio se prolongaba y eliminaba por completo cualquier rastro de sonido, a la vez que traía consigo el dolor.

Cuando, por fin, pudo abrir los ojos, se encontró en un espacio completamente oscuro, donde reinaban los sentimientos de pena, dolor y culpa. Intentó gritar, buscar una salida o simplemente calma, pero notó con el transcurrir del tiempo que todas sus aspiraciones se suprimían con cada paso que daba.

Cuando Emma llegó a casa, con calma se descargó del abrigo y la maleta; revisó la mensajería y se recostó en el mueble; un destello de luz advirtió su mirada; se trataba de un mensaje en la contestadora; se acercó con lentitud al teléfono y oprimió el botón de reproducción.

Unos sonidos crueles, horrorosos se desataron; se oían unas voces, que pedían, en medio del llanto y gritos de clemencia, que las rescataran y, al final, un silencio abrupto. Emma percibió algo familiar en la grabación; la reprodujo una vez más y notó que los gritos que oía eran de su esposo.

Inquieta, subió al segundo piso y se dio cuenta de que su esposo no estaba; intrigada, tomó las llaves de su auto, salió con intención de encontrarlo en su oficina, pero el repique del teléfono la detuvo; alzó el aparato y el silencio la recibió. Sin darle mayor importancia, colgó y condujo hacia el lugar.

Cuando llegó, las luces estaban apagadas; solo una luz, al final, evidenciaba que alguien estaba ahí; los cubículos desocupados le daban al sitio un aire lúgubre y sospechoso; aun así, la incertidumbre la impulsó a que continuara con la búsqueda; con ligereza, llegó a la puerta de la oficina, pero antes, en el cubículo más próximo, el sonido del teléfono la alertó y la detuvo; fue hacia él, lo levantó y de nuevo se dejaron oír los sonidos de horror; colgó de inmediato y, turbada, abrió la puerta de golpe.

Los cuerpos de su esposo y de su secretaria yacían sin vida y en sus caras se leían gestos de terror. Una vez más, timbró el teléfono: en medio del temor, la estupefacción, la soledad, la angustia, el llanto, Emma lo descolgó y, entonces, su cuerpo se fue desvaneciendo y su mirada se llenó con el vacío.

EL LABERINTO

Esther estaba en su silla de descanso; ahí mecía sus esperanzas, alegrías, olvidos y toda clase de laberintos mentales. Ella era una mujer entregada a su familia, que había decidido ir a vivir al campo, tras la catástrofe ocurrida en la ciudad hacía tres meses.

Mientras hacía lo de siempre, notó que algo había cambiado; no era algo que resaltara mucho, pero ella, en su minucioso orden, captó que en la casa algo no andaba bien. El impacto abrió un vacío en su línea de tiempo, lo que la obligó a dejar a un lado sus hilos y agujetas y a ponerse de inmediato en pie, para tratar de descubrir lo que ocurría.

Caminó por su rechinante y reluciente piso de madera de pino, uno (¡crac!), dos (¡crash!), tres, cuatro, cinco pasos y llegó hasta la puerta que ella, por temor, había cerrado hacía muchos días; consternada, por el latir agudo y penetrante del corazón en sus oídos, decidió entrar.

La puerta se encontraba entreabierta; el roce de las bisagras viejas causó estruendo por toda la casa, mientras que, por cada segundo transcurrido, ella sentía que algo en su interior se desgarraba. Al abrirse la puerta por completo, Esther encontró una vela, la que hacía varios días el sacerdote del pueblo le había santificado, para que le diera el valor suficiente para que iluminara sus pasos; se llenó de valor, respiró hondo y, finalmente, se internó en el recinto de aquella habitación, que había jurado no pisaría de nuevo.

En la habitación, un gran armario daba muestras de un insignificante movimiento, que Esther reconoció de inmediato. En ese instante, y cargada de una ráfaga de emociones, una deforme, carcomida y maloliente mano se posó sobre su hombro, un rostro con gesto de agonía intentó articular una palabra, pero el grito que escapó de la boca de Esther irrumpió en el acto, para dar fin al posible encuentro.

Pasadas algunas horas, ella reaccionó; se levantó con sigilo, mucha inquietud y un nudo en la garganta que le oprimía el pecho, le pausaba la vida y la quería detener. Se dirigió a la habitación para confirmar que el cadáver dentro del armario seguía tal cual la última vez: colgado con unas diminutas y filosas pinzas y en el mismo lugar donde lo había ubicado, después de haber abandonado todo en la ciudad.

El hedor del cadáver, se apoderó del recinto, lo que desconcierta a Esther que, para tratar de escapar a él, cierra el armario y, a medida que camina hacia la salida, va transformando su gesto en un rostro desquiciado, que revela, por fin, la satisfacción que eso le producía.

Luego, con calma, atraviesa nuevamente la casa, camina por su rechinante y reluciente piso de madera de pino, uno (¡crac!), dos (¡crash!), tres, cuatro, cinco pasos, que la llevaron de vuelta a su silla de descanso.

Tras tomarse su tiempo, toma sus hilos y agujetas y continúa hilando por quinta vez sus pensamientos, esperanzas, alegrías, olvidos y toda clase de laberintos mentales.



Figura 3. Secreto.

HISTORIA DE UN DÍA INOLVIDABLE

Martha abrió los ojos y supo, desde ese instante, que ese día sería el mejor de todos, por lo que se levantó presurosa.

Embelesada, se propuso alistar, con lujo de detalles, el experimento que presentaría en la Feria de la Ciencia de su colegio que, tras tantos intentos fallidos, por fin había funcionado. Esto le daba la esperanza de ganar en la Feria y, además, sumarlo a uno de sus tantos triunfos, pues era una muchacha muy ambiciosa.

De repente, un sonido a lo lejos la trajo de vuelta y despertó de esa minuciosa actividad; fue el llamado de su madre el que la hizo espabilar. Bajó apresurada las escaleras y, cuando vio que su madre se había levantado de la cama, tras una crisis de depresión, y ahora estaba con una gran sonrisa en su rostro, se sentó alegre y saboreó el manjar que ella le había preparado; al deleitarse supo que, en definitiva, ese día nada podía fallar, pues todo estaba perfecto.

Mientras subía las escaleras que la llevaban a su cuarto, el sonido intenso de la bocina del carro de su padre —un hombre con muchas ocupaciones—, la alertaba, desde el otro lado de la acera, que se le acababa el tiempo y debía salir hacia el colegio.

En su cabeza no había nada más que la Feria de la Ciencia, por ello, cuando estuvo lista, tomó con gran delicadeza su experimento y bajó a despedirse de su madre, quien, con un abrazo y un beso, sintió que la nostalgia la agobiaba.

Martha, por fin, salió de casa y dejó como única realidad la existencia de su experimento y la propia; olvidó todo a su alrededor, lo que le impidió que percibiera la enorme velocidad con la que venía el vehículo.

Su ensueño desapareció cuando las pequeñas piezas del experimento alzaron un vuelo despiadado y el revuelo de los transeúntes le anunciaba el final del día.

GEMA

Cuando la puesta de sol lo anunciaba, todas las ancianas de la cuadra salían a la acera del frente a compartir entre ellas. Ese día había sido particular, pues llovía y eso era un acontecimiento en la aldea; sin embargo, no podían dejar a un lado la tertulia matutina. Además, Edith salió —aunque nunca lo hacía—; era la más vieja entre las viejas y, asimismo, muy singular, desde la punta de sus cabellos lila, el collar verde tornasol, sus sandalias cafés y los murmullos que articulaba en todo momento.

Como era de esperarse, la presencia de Edith incomodaba a muchas de ellas, pues los murmullos aumentaban con la llegada de la noche.

Aquel día, doña Carmen decidió quedarse para oírla; entre murmullos, ella deleitó sus oídos con una buena historia del verano de 1917. Hablaba sobre la existencia de una cueva fría, que la ayudaba en los momentos de calor insoportables de ese verano.

—La descubrí por azares de la vida; tenía mucho calor, necesitaba algo de sombra, había caminado mucho y me sentía cansada; así fue como decidí que era apropiado entrar. Con el paso de los días, la intriga me seducía e impulsaba a explorar más, de modo que pude darme cuenta cómo los rayos del sol se apagaban conforme avanzaba en mi caminar.

Uno de tantos días, mientras caminaba, sentí algo incómodo en mi pie; al inclinarme, logré ver el brillo de una piedra, que era verde tornasol; casi lo deduje, ayudada por los sombríos rayos de sol que avivaban el lugar. La guardé y salí, ya había caído la noche, para esperar a la mañana siguiente, para volver. —Mientras tanto, Carmen atendía y se veía como si ella estuviera viviendo el momento; se sentía realmente emocionada; intentó musitar alguna palabra, pero captó un brillo siniestro, que se apoderó de los ojos de Martina, una vecina de escucha, por lo que el clima se le tornó algo denso e incómodo, pero la anciana prosiguió con la historia, de modo que doña Carmen permaneció inmóvil en su silla, debido a la turbación que le había producido esa mirada y la voz que había retomado su relato.

—Una vez en casa, al día siguiente, decidí observar bien la bellísima y cautivadora piedra, que tenía algo especial: siempre que se la tomaba, estaba tibia. La perforé y la utilicé como collar, aunque, por esos días, la cargaba en el bolsillo, pues, ya se deben, imaginar que por el calor que desprendía, se hacía imposible cargar con un gramo más de esa cosa. —Doña Carmen interrumpió la historia, pues, con un poco de desespero, intentó levantarse de la silla, para sentir que algo trataba de detenerla, una fuerza superior, tenebrosa, fría. Giró su cabeza y solo le pareció que veía el collar suspendido en el aire, que la obligó a sentarse de inmediato y continuar escuchando; fatigada y con su mente perdida, sintió que algo se apoderaba de ella; era un sentimiento indescifrable, era todo y nada a la vez, era un laberinto en el que la curiosidad la había sumergido.

Así, vio como Edith continuó con la historia, ignorando todo lo que a Carmen le había ocurrido en ese momento.

—Apenas el sol dejó caer sus rayos sobre mi ventana, me levanté presta a llegar al lugar del que he hablado; esa cueva se había convertido en la dueña de mis pasiones de verano. Ese día, lo recuerdo muy bien, llegué al final de la cueva y, a pesar de no advertir ninguna exhalación proveniente del sol, veía todo con una gran claridad, pues el collar que había llevado en mi mano resplandecía de tal forma que me otorgaba así la visión plena del lugar.

Ahí, con desconcierto, me encontré ante la presencia de un hombre; su aspecto no era el más confiable, pero aun así me cautivó, se apropió de mis sentimientos, los que en ese momento recorrían cada fibra de mi cuerpo. Lentamente, se acercó, tomó mi collar con gran delicadeza y, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció dentro de él, lo que me hizo sentir cómo cada parte del individuo, todo el dolor, la desesperanza, la amargura y el odio habían penetrado en su interior. Entonces, sintió que el calor en la cueva aumentaba, había como una falta de oxígeno que saturaba el lugar, lo que fue ahogando las esperanzas que tenía de salir, advertía en detalle cómo sus manos y sus largos dedos rodeaban mi cuello y cada vez presionaban más. —Silencio súbito. Carmen volvió como de un trance, para darse cuenta que la tertulia había terminado y ella se encontraba sola; tras su sorpresa, miró hacia el piso y encontró sobre el suelo un periódico de 1917, en el que se anunciaba como noticia de primera plana la desaparición de una joven que llevaba un vestido largo de flores, sandalias cafés y el cabello lila.

Unos días después, Carmen, aturdida, miró al cielo y notó que no llovía; bajó un poco la mirada y descubrió que las vecinas de la cuadra parloteaban sin cesar y la miraban con desdén, pues ahora ella, en su cuello, llevaba el collar con la piedra verde tornasol, mientras dejaba que los rayos del sol se apagarán, para darle la bienvenida a la noche, que murmuraba con mayor intensidad con el paso de las horas.

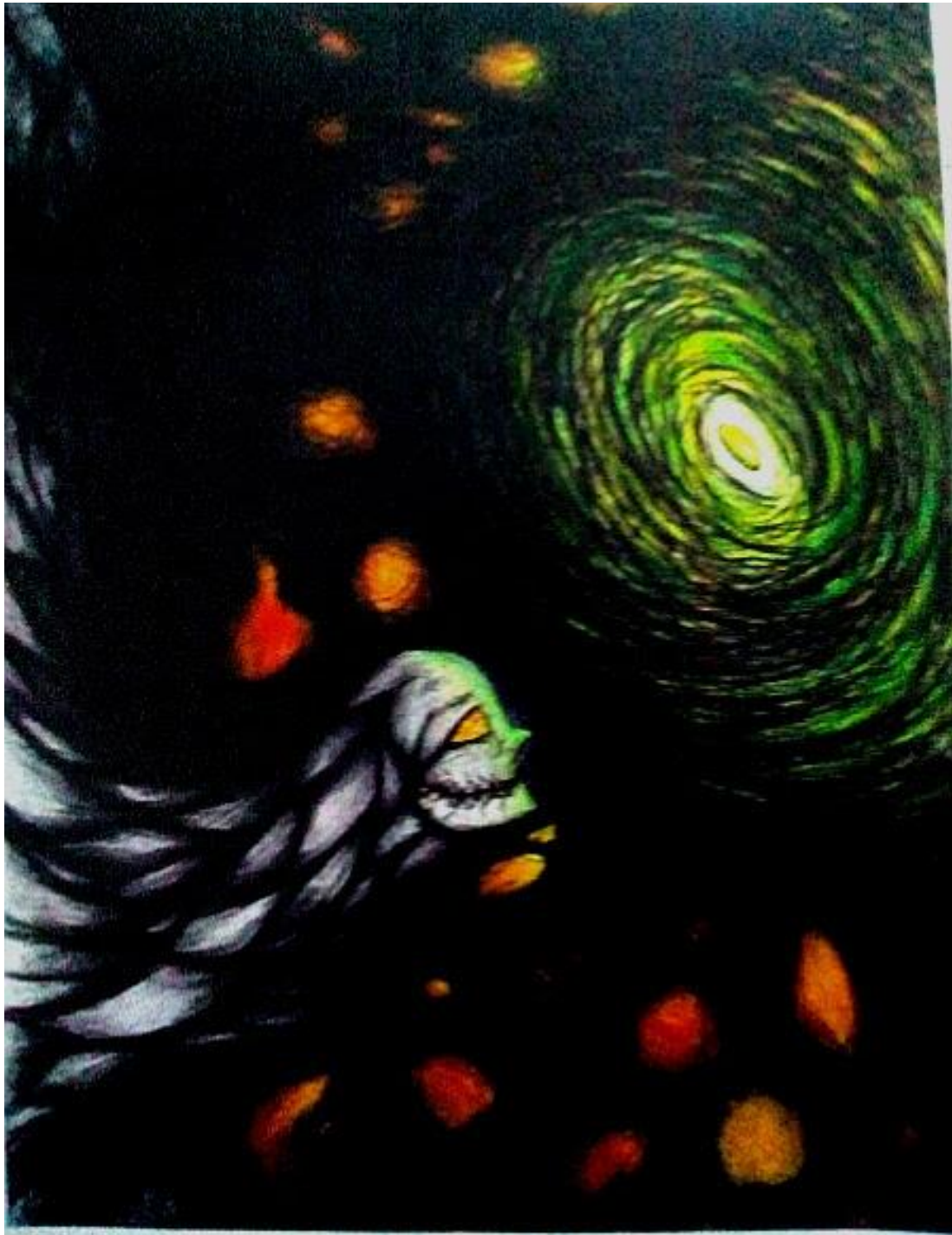


Figura 4. Trance.

OTOÑO

El vuelo de las hojas indicaba la llegada del otoño. Selene era una amante del arte, siempre fue muy talentosa y, por esos días, un museo la había invitado a que expusiera sus obras. Iba con un par bajo el brazo, ya que el lugar no estaba lejano de su casa.

La prisa por llegar no le hizo prestar atención a lo que le ocurrió en el camino: una de sus obras resbaló y cayó al piso y, entonces, se adhirió al marco un poco de lo que parecía lodo; no le dio mayor importancia al percance, de modo que alzó el cuadro y siguió su andar.

Una vez en el museo, colgó sus pinturas y, cuando estaba tratando de limpiar el cuadro que se le había caído, la presencia de un espectador se lo impidió; el sujeto se presentó como Miguel; su piel, su fuerza, su respiración la sedujeron de inmediato; haciéndose a un lado, permitió que el sujeto revisara y admirara sus cuadros.

En ese instante, notó que la mancha del cuadro, que se le había caído, había desaparecido y, en esa transición, el aspecto de Miguel cambió; esa calidez con la que se había acercado se borró, aunque aumentó la sensualidad de los gestos y la atracción que le generaba. Nerviosa, pero cautivada por ese hombre, se sintió impulsada a entablar una conversación.

Con la pretensión que sería buena idea preguntarle el parecer acerca de sus cuadros, se acercó a Miguel, pero, de inmediato, él mostró con un gesto que quería ver el resto de las pinturas expuestas; con discreción, Selene dio un paso atrás, para permitirle que se retirase para continuar con el recorrido.

Llegado al final de su excursión por el museo, Selene sintió que una mirada se clavaba en su espalda; lentamente giró para encontrarse directamente con la mirada, que no la dejaba que continuara con lo que había estado haciendo. De inmediato, los sombríos ojos de Miguel se conectaron con los suyos y una extraña atracción la impulsó a que se le acercara.

Una vez juntos, se dio paso a una conversación, en la que los gestos se llevaban la atención, pues las palabras eran secundarias; Miguel apenas si musitaba. Al referirse al primer cuadro que había visto, le dio a entender a Selene que deseaba comprarlo, lo que la dejó pensativa y, luego, se ofreció a acompañarla hasta su casa, cuando abandonara el museo.

Un tiempo después, en camino a su casa, con pocas palabras, Miguel le confesó la admiración que tenía por el cuadro, que lo había llevado a ofrecerle comprarlo, mientras tanto, Selene, embelesada con aquel hombre, solo pensaba en su cuerpo y ante tal oferta, no supo qué respuesta darle.

Al estar fuera de su casa, decidió aceptar la propuesta, solo para compartir más con Miguel; lo invitó a seguir, a lo que él se negó rotundamente, por lo cual Selene entró y tomó una copa y un vino, que tenía en la cocina; pensó que, en otra ocasión, al salir juntos, haría uso de sus encantos, para poder intimar con el sujeto.

Y el día llegó. Una vez hecho el negocio, caminaron desde el museo, ella con el cuadro bajo el brazo; al llegar a su casa, entraron a la sala; Miguel, cortésmente, le entregó el dinero y puso de su lado el cuadro; Selene lo recibió, lo guardó y sacó de inmediato el vino, que serviría para romper el hielo.

Hizo un brindis, con el que celebró el cierre del negocio; le pasó primero la copa a él que, con un leve sorbo dio aprobación al suceso; cuando Selene alzó su copa, con un leve coqueteo la bebió y, de reojo, vio como una sombra negra se lanzaba sobre su boca; tratando de impedirlo, intento apartarse, pero solo sintió que los labios de Miguel se posaron con fuerza sobre los suyos.

El trago entró en su cuerpo y, segundo a segundo, la fue debilitando; Miguel dejó que reposara su cuerpo sobre el piso y, cuando ya no había señal de vida en ella, tomó el dinero, el cuadro y se marchó. Las hojas caían una tras otra afuera y el cuerpo inmóvil de Selene yació también cual las hojas de ese otoño.

NOTAS MALDITAS

En época de brujas y demonios, el nacimiento de un bebé que, por fortuna, no llevaron a la hoguera, marcó la historia; sus padres le dieron el nombre de Héctor; creció rodeado de comodidades, instrumentos musicales y mucha protección, pues la idea de llegar a perderlo era un tormento que los acechaba constantemente.

Con el paso de los años, Héctor se convirtió en un joven con una destreza inefable para componer obras musicales e interpretar el piano. La pasión y el frenesí se apoderaban de él cuando pulsaba cada tecla; transmitía singulares sensaciones a quienes lo escuchaban: la agonía, la desolación, la tristeza, como si el averno fuera el hogar de los oyentes.

Transcurrieron los años y en Héctor aumentaba cada día la obsesión, la cautela y la destreza a la hora de interpretar melodías en el piano; llegaba al extremo para perfeccionar sus piezas y lograr en el público un efecto para él indeseado, pues lo idolatraban. Las sensaciones que antes llenaban a los oyentes transmutaron y se convirtieron en horror, dolor y furia y, aun así, todos lo exaltaban, pues añoraban ese sufrimiento.

Al finalizar sus presentaciones, cuando el telón bajaba, el éxtasis se apoderaba del público, mientras que, en él, el repudio por los asistentes se acrecentaba y el desprecio por la sociedad era cada vez más notorio, pues sentía que su maestría había llegado a ser casi sobrenatural y plena como para que las piezas se interpretaran para personas tan comunes como las que estaban en la sala, por lo que escapaba, se aislaba y su único refugio lo encontraba en la música, que le brindaba alivio y tranquilidad, pues lo alejaba de la banalidad de la sociedad y le permitía expresarse con total naturalidad.

Una tarde, mientras se deleitaba con una placentera copa de vino, acarició las teclas del piano y llegó a arrancarle algunos sonidos que nunca antes había escuchado. Con ansia, compuso una rapsodia, que le resultó imposible de interpretar por completo, lo que llevó a que se afligiera, pues ese hecho le había mostrado el límite de su perfección.

Sentado frente al piano y con sus pensamientos centrados en superar aquel tormento, la vida se le escapaba y se le convertía en un intrincado laberinto tormentoso sin salida, pues no podía llegar a interpretar la última nota con satisfacción. Sus dedos, su cuerpo, su mente, su esencia le pedían que suspendiera la búsqueda y, aun así, él insistía, obstinado por aquella insinuante melodía, que él mismo había compuesto.

Pasaron las horas, los días, las semanas y no conseguía llegar al culmen de la composición. La ira se apoderaba de él, pues le indignaba que algo, que él mismo había ideado, no se dejara conquistar. Una noche, mientras las formas de las notas se convertían en plácidos sonidos y la turbación ante el hecho de que no pudiera continuar roía al pianista, una ráfaga siniestra invadió el recinto y lo obligó a detenerse.

Alcanzado, tomó el último sorbo de la copa de vino que yacía sobre el atril, se puso en pie y observó cómo, en medio de la estrechez de la habitación, un hondo silencio la invadía; el frío penetró cada fibra de su ser y la invitación a pasar a una dimensión que lo intrigaba se convirtió en obligación. Los recuerdos irrumpieron al instante y la voz que, alguna vez, en medio del desespero lo había acompañado, le musitó:

—Todo este tiempo esperándote. —Como si saliera de un letargo, vio a lo lejos un piano; el impulso y la seducción lo llevaron frente al instrumento. Al sentir las teclas suaves, sus sentidos le dieron salida a los pensamientos que perturbaban su mente, lo que lo provocó para que sus dedos tocaran intensamente las notas que tanto trabajo le había costado interpretar.

De repente, la sombra de una figura siniestra, de una estatura singular, oculta tras una joroba, se le acercó con decisión. Sin dejar de interpretar la melodía de aquella frustrante creación, sintió que un escalofrío lo recorría; la figura que ahora veía con claridad semejava la de un demonio, de ojos amarillos profundos, que daban testimonio del sufrimiento y el odio que moraban en esa sustancia; su piel escamosa y lacerada revelaba el dolor y cada palabra que profirió lo estremecía.

Sarehi Abezi, como se presentó, el recién llegado, con pasos firmes llegó hasta donde estaba el pianista y se sentó junto a él que, al dominar la inquietud que rondaba en su interior, intentó abordar al demonio que, con una mirada penetrante, alejó todo ánimo de encontrar una respuesta a lo que estaba sucediendo.

El pianista no lograba dejar de interpretar la exigente obra, sus dedos se movían con mayor agilidad en el intento de que lograra terminar y pudiera alejarse del lugar, mientras que la compañía se deleitaba con su excelsa melodía; mientras trataba de pensar, en medio del fluir del sonido percibió que ya solo le faltaban los últimos compases de la pieza y su objetivo se habría cumplido.

En ese instante, de pronto, una enorme fuerza detuvo sus manos, por lo que la melodía cesó y el dolor lo invadió; la mirada de Sarehi lo fulminaba; esta vez, el amarillo de sus ojos se había transformado, para tornarse de un rojo insondable; se notaba que la ira se había apoderado del demonio, debido al desprecio que le habían causado las últimas notas, por lo que le ordenó a Héctor que retomara la pieza desde el inicio.

El desconsuelo, con sus ojos llenos de lágrimas a causa de la insatisfacción que le dejaba el no poder culminar la interpretación de su obra, lo llevó a que, con esfuerzo, aclarara su mente y a que surgiera en sus pensamientos una idea, que le permitiría escapar de ese lugar.

Intentaría aniquilar al demonio, al llenar la obra con letales sonidos. Al llevar a cabo su plan, percibió que el demonio se afectaba y, evidentemente, su existencia se debilitaba; aunque ahora le exigía detenerse, sus ojos revelaban un regocijo abismal. Héctor, con furia y ansiedad por salir de ahí, interpretaba el piano como nunca antes lo había hecho; todos sus sentidos amparaban lo letal de la melodía.

Al faltar la coda, el fragmento que aún no había interpretado en los anteriores intentos, Sarehi se desvaneció. Satisfecho por lo sucedido, prosiguió con la interpretación de la obra, donde la había dejado antes, hasta concluirla y, una vez más, cuando el ritmo de la melodía había desaparecido, para dejar consigo destrozado al intérprete, se desvaneció en un largo sueño.

Al abrir los ojos, se percató que nuevamente estaba en su habitación, se sirvió una copa de vino y, luego, se encaminó al baño, para aclarar con un golpe de agua su nueva realidad y sus ideas; se secó la cara y en el reflejo del espejo vio que el color de sus ojos había cambiado y, en algún detalle, le recordaba la mirada de Sarehi.

Al día siguiente, se dirigió a cumplir con una presentación en el teatro. Aquel día, quiso interpretar su obra, la rapsodia que se le había convertido en un reto, por la dificultad de su ejecución. En el público, unos disfrutaban y otros decidieron abandonar la sala, pues el horror que les producía la composición les tornaba insoportable su permanencia allí.

Tras el estreno de su obra, sintió que esa fuerza siniestra, que se apoderaba de él, de sus dedos, que traducían las notas letales que habían sonado aquella vez en su velada con el demonio, no debía volver a sentirla, por lo que decidió que había sido la primera y última vez que la ejecutaría en público.

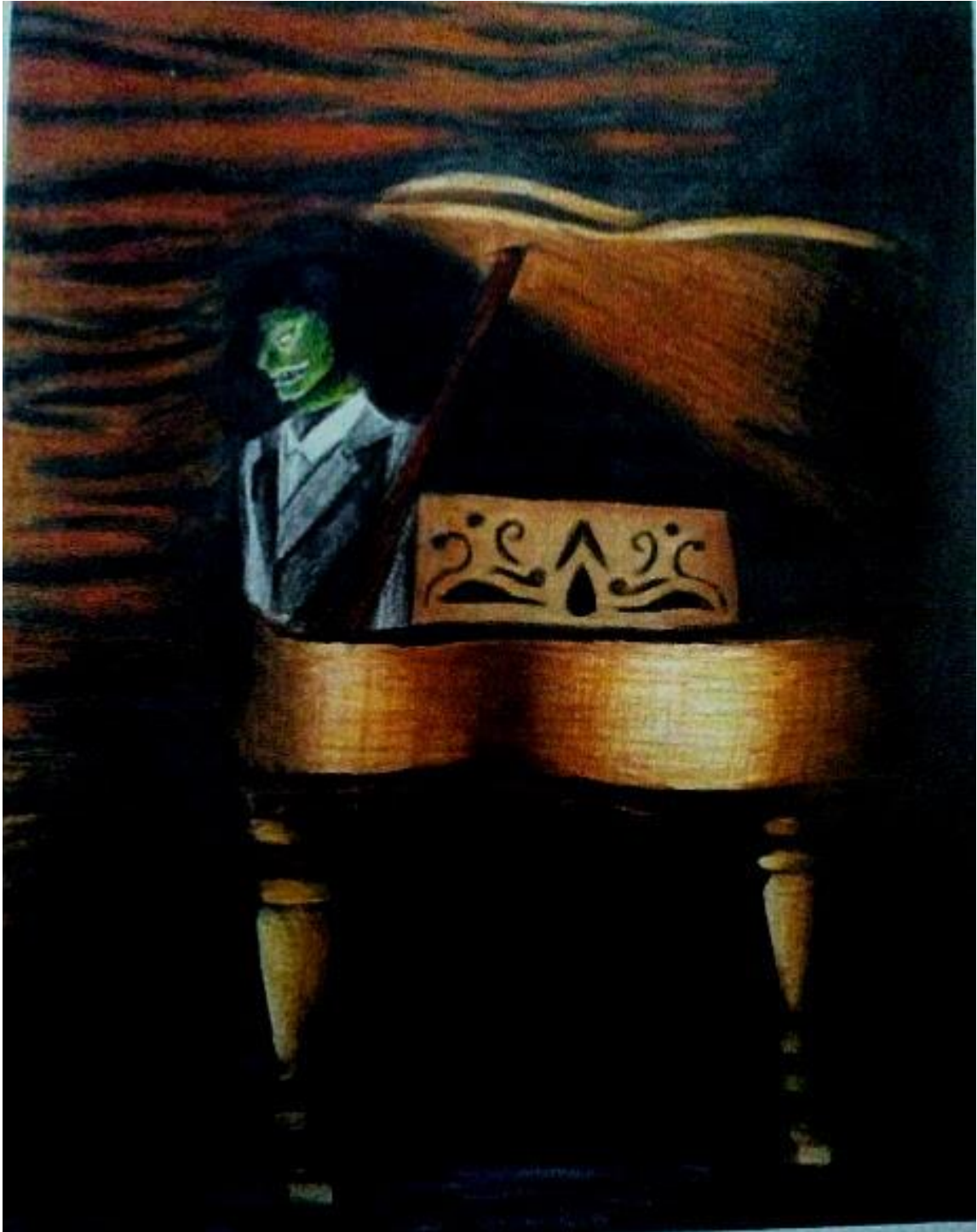


Figura 5. Notas de sangre fría.

BESOS DE ROCÍO

De regreso a casa, Susan intercambia miradas con Salomón, un chico que había aparecido de repente en el pueblo, le había inspirado confianza y los más noveles sentimientos de amor que ella jamás había sentido. Con el pasar de los días el galanteo se dio; todo era magia y amor.

Susan siempre pensaba en los ojos de su amado, que habían sido los que la cautivaron. En ellos se refugiaba, encontraba tranquilidad, la vida pasaba y el tiempo se detenía; remolinos alcanzaban su cuerpo y, en su interior, todo se revolvía.

Un día de tantos, cuando iba a su encuentro con Salomón, notó que su mirada había cambiado, era reservada; la armonía, que en sus ojos se proyectaba, se había extinguido; ahora, se habían llenado de tinieblas.

Susan supuso que algo no andaba bien; muchas cosas le pasaron por la cabeza; su candidez no le permitía que fuera más allá; sin embargo, lo dejó que la tomara entre sus brazos y, con un beso fresco, cual el rocío mañanero, empezó a sentir como el frío la calaba hasta los huesos, su sangre iba dejando lentamente de recorrer su cuerpo y falta de aire le impedía que pensara con claridad.

Sí, se moría y nada podía hacer para evitarlo. Ahora, él soltó el cuerpo inerte de la joven y, mientras caminaba lentamente, se alejó, dejando un rastro que no llevó a ninguna parte.

UN EXTRAÑO DÍA

—¿Qué me cuentas?

Que se trataba de una orquesta, que se presentaba, con el saxofón como el instrumento inicial, seguido del trombón y la marimba. Los espectadores la escuchaban, pero tú oías un sonido particular. Inicialmente, creíste que los instrumentos estaban sin afinar, pero agudizaste un poco más el oído y notaste que el sonido no provenía de los instrumentos y mucho menos del lugar en el que te encontrabas.

Lo que oíste era un llanto, agudo, prolongado y, por lo que supiste después, provenía de la esquina del parque central, a una cuadra del evento. Te alejaste del concierto, tomaste el camino hacia una silueta que se dibujaba, de la que partía aquel llanto. Al llegar, la figura de un niño, de aproximadamente seis años, se abalanzó sobre ti, con su ropa mojada, rota y con la patita de lo que antes había sido un osito de peluche. *Me está confundiendo*, pensaste, pero, de todas formas, aprovechaste el momento para preguntarle:

—¿Qué te pasó?

—Yo buscaba mi osito.

—Pero, dime, ¿por qué estas llorando?, ¿qué le pasó a tu osito?

—Lo rompí, y un señor lo escondió. Él quería jugar, pero a mí no me gustó su juego. Lloré, él me empujó y, después, me pegó. —El pequeño continuó con su llanto y tú, ahora más que nunca, algo asustado y desconcertado, decidiste seguir con las preguntas:

—¿Dices que el señor te pegó?

—Sí, quería que corriera a buscar mi osito, pero ¡yo ya no quería jugar con él! —Te asombraste bastante, pues jamás habías escuchado a un niño que explicara con tanto detalle una situación, aunque, por el estado del pequeño, suponías lo peor. En un arranque de afecto, lo abrazaste fuerte, para darte cuenta que el niño se encontraba frío y sus lágrimas se tornaban espesas y desagradables. La frialdad se transmitió a tu cuerpo, mientras en tu mente no dejabas de preguntarte por las situaciones por las que debió pasar ese niño.

Sumergido en la incertidumbre, miraste a tu alrededor y notaste que a nadie parecía que le llamara la atención lo que estaba sucediendo con el niño. Empezaste a notar que el lugar se oscurecía y que la atmósfera se tornaba densa, sentiste algo de pánico y, ahora, el niño, que llevabas en los brazos, sentiste que estaba cada vez más frío.

La patita del osito se le cayó y tú, al lanzar un grito, sentiste como si despertaras de un mal sueño, aunque la realidad te susurrara lo contrario. Seguías en el mismo lugar, cargando el cuerpecito y, sin embargo, ahora fuiste consciente de que la gente te miraba, pero esta vez con cara de estupefacción y con honda desaprobación, ya que le resultaba inaceptable ver a un hombre solo, acurrucado en medio de una orquesta, que pedía ayuda por un niño que solo había existido en tu imaginación.

—¿Eso fue lo que me contaste?

—Sí. Te parece increíble, ¿cierto?



Figura 6. Ensoycededor.

EMERGENCIA

A la sala de emergencia ingresó un joven de aproximadamente 23 años, con parálisis cerebral; le impedía realizar siquiera un leve movimiento que mostrara que en su cuerpo aún existía la esperanza de vivir. Los diagnósticos eran inexorables, su cuerpo no resistiría.

Un resplandor de luz blanca alertó a mi yo interno; intentaba darme un respiro para volver; mi cuerpo no era mío, estaba desesperado, tenía afán, quería saber qué había sido lo que me había llevado al lugar.

La calidez de las palabras pronunciadas por una voz, que me era muy familiar, alertaron mis emociones; su piel entró en contacto con la mía y, al rodear mi brazo, entendí que, fuera quien fuese, me conocía. Solo tenía que encontrar la forma de mostrarle que estaba ahí para oír lo que había sucedido.

Buscaba en lo más remoto de mi memoria cualquier cosa que me diera indicios. Un *flashback* de imágenes de mi vida, que pasaban una tras otra, sin detenerse, sin darme la mínima oportunidad de hurgar entre esos recuerdos. Cuando por fin todo se detuvo, la imagen de un frasquito llegó como un rayo, tan fuerte y letal que dolía.

—El cuerpo del paciente está muy delicado; ha entrado en estado de coma; tiene una seria lesión en su cerebro, las convulsiones no cesan. —En ese momento, el frío empezó a invadir mi cuerpo; regresé al instante en el que tomé el frasco entre mis manos y, al ingerir un delicioso sorbo de café, condenaba mi existencia; solo pude llamar a emergencias y dar una breve explicación.

—Señorita, necesitamos intervenir al paciente y es necesario que salga de la habitación.
—Al resistirse a abandonar la sala y en medio de lágrimas decía:

—Desearía que nada de esto estuviera pasando. —Quería gritar, estaba en el infierno y mi ausencia corporal impedía que pidiera una explicación; mi cuerpo no reaccionaba, las convulsiones me alejaban de los recuerdos y, en mi interior, la lucha continuaba para encontrar una respuesta.

Al sentir su brazo aún a mi lado, me esforcé y, al suponer que sería mi último respiro, abrí los ojos, sujeté aquel brazo con todas las fuerzas de que era capaz e identifiqué la silueta de la persona que me había acompañado todo este tiempo y, al evadir las frenéticas convulsiones que me impedían recordar, pude escudriñar en mi memoria y concluir que la silueta coincidía con la de mi novia, la culpable de la estadía en el lugar.

Nuestras miradas se unieron y, sin mayor asombro, susurró:

—¡Hasta pronto!, —y dejó la sala.

MARGARET

Margaret era una joven amante de las letras, una apasionada por los mundos que, entre líneas, rondaban en espera de que alguien los descubriera; el género de misterio conmocionaba sus sentidos, a tal punto de apropiarse de los sucesos que de párrafo en párrafo ocurrían. La biblioteca era su lugar favorito; el silencio que se apoderaba del lugar daba paso a las experiencias in-imaginadas que Margaret intentaba encontrar.

Un día cualquiera, en la biblioteca, la joven hurgaba en lo más recóndito de la sección de misterio los libros que aún le faltaban por leer y, al tomar algunos de los textos que más llamaron su atención, se sentó y empezó a hojear cada uno, para decidir cuál sería el que tomaría presa su imaginación esa semana.

De repente, un soplo de viento, que se filtró por entre las rendijas de una ventana, produjo el movimiento de las páginas de un libro en particular, que pareciera que generara calor; sus páginas rojas brillaban por sobre una cubierta negro mate que sobre sí mostraba una puerta en alto relieve.

Por un instante, que le pareció casi infinito, el silencio se acentuó; cautivada por aquel libro, dejó a un lado los demás y, ávida, lo tomó entre sus manos, pues determinó que su búsqueda había finalizado; lo pidió en préstamo, lo guardó y con prisa salió del lugar, en espera de llegar pronto a casa, pues una honda necesidad de leer el contenido la apremiaba.

De camino a casa, la ansiedad iba en aumento; para calmarse, decidió sacar el libro y abrazarlo contra su pecho, como si en él se hallaran las respuestas a los más grandes secretos de la existencia. Una vez en su habitación, un extraño sueño se apoderó de sus descontroladas ansias y un vaivén onírico representó las imágenes más extrañas que jamás hubiera experimentado: voces en otros idiomas, caos, dolor, sufrimiento, ira y, ante todo, agobiante y profundo calor.

Agitada, despertó y su reacción inmediata fue tomar el libro que había dejado justo a su lado. Lo detalló con cautela, pues el calor que antes había sentido en la biblioteca permanecía; la atracción por la puerta en relieve, que tenía en la cubierta del libro le parecía que tuviera algún efecto hipnótico, destellante, a tal punto de que sentía que le penetraba los ojos, la impulsaba a abrirlo y, así, una vez lo hizo, recibió una ráfaga de calor, que se difundió en su interior.

La emoción y la intriga, la obligaron a iniciar la lectura. En la primera línea, se visualizaban unas letras extrañas que, a medida que Margaret las pronunciaba, revelaron una traducción. En ellas decía:

☉ ◊ 837AV

L I B E R A R

Sus ojos brillaron y una fascinación se apoderó de su ser; inquieta por lo que vendría, pasó la página y advirtió que la puerta de la cubierta del libro volvía a aparecer, esta vez solo dibujada.

De repente, salió humo de entre las hojas y lo que parecía que fuera unas manos reclamaban con vehemencia una salida; en seguida, un olor nauseabundo inundó la habitación, lo que la llevó a cerrar el libro de inmediato.

Los latidos de su corazón eran tan intensos, que sintió que colapsaría en cualquier momento; atónita por lo sucedido, decidió apartar su atención del libro y, mientras lo hacía, el terror la invadió, pues captó la presencia de un demonio, que le exigía reverencia:

—Soy Asmeth, hijo del averno y próximo amo de estas ruinas. —Una mezcla de emociones y el calor asfixiante de la atmósfera de su habitación la forzaron a abandonarla.

Ya calmada, algo confundida y al mismo tiempo exaltada, reflexionó para llegar a la conclusión que todo lo que el demonio había dicho, a pesar de hablarlo en otro idioma, ella lo había entendido.

Motivada por lo sucedido, se llenó de valor y volvió a entrar, aunque, para cuando la puerta se abrió por completo, la presencia ya se había esfumado. Sin dejar de pensar en lo ocurrido, tomó de nuevo el libro, para sentir que la envidia, la ira y el odio se apoderaban de ella, que sus ojos se convertían en dos brillantes esferas, que mostraban un ansia extraña que se había apoderado de su cuerpo, ahora ávido de calor.

Al retomar la lectura, sintió que, con cada hoja que leía, aumentaba su fuerza y, mientras se llenaba de poder, iba conociendo la historia de Asmeth, según la cual él iba destruyendo todo lo que a su paso encontraba, ocasionaba la muerte y el sufrimiento.

Con el paso de los días, el avance en la lectura de Margaret fue implacable, pero, desde el fondo de sí, sintió que ahora lo hacía con la decisión de enfrentar a quien le había abierto la curiosidad y la fuerza para liberarse y entrar en los misterios que fluían de las páginas de ese enigmático libro, que le proporcionaba los conocimientos que necesitaba para derrotar a Asmeth.

Margaret lo invocó y él, ante su llamado, se vio presionado a responder y notar, al mismo tiempo, que ahora había algo diferente en ella. Hipnótica y seductora, se acercó al oído del hijo del averno y, en medio de susurros, le dijo que ese era su lugar y que todo lo que él había logrado le pertenecía; en seguida, tomó el libro en sus brazos y, al pronunciar un extraño conjuro, su piel empezó a desprenderse de los huesos, mientras

que, de los trozos de piel que caían, iban cobrando vida unos pequeños seres amorfos, que se multiplicaban uno tras otro, hasta conformar un pequeño ejército, con el que declaró la guerra a Asmeth, quien, solo con un chillido espeluznante, desintegró a los extraños seres casi por completo, para responder a esa intención.

Desconcertada, abrió nuevamente el libro, para sentir que el calor que se generaba desde sus páginas la llenaba de una vitalidad que le permitió esfumarse del lugar de ese fallido intento de liberarse del dominio de Asmeth.

Con el paso de los días, la lucha contra Asmeth se acentuaba, para huir de un futuro signado por la soledad, el dolor y el caos; Margaret, ahora más fuerte que nunca, retó una vez más a Asmeth, quien, como respuesta, aceptó un duelo, con la condición de que la joven dejara a un lado el libro, que se había convertido en su aliado.

Presa de la duda, decidió aceptar y, una vez enfrentados, acto seguido, Asmeth la tomó entre sus brazos, la aprisionó con fuerza, amenazó con una daga su cuello, mientras decía que, si recurría a alguna una artimaña para seducirlo con sus actos, moriría.

Con codicia, tomó el libro y, en un murmullo, a unas palabras misteriosas que dirigió a la cubierta del libro, la puerta que allí se mostraba se abrió, ante lo cual, sin piedad y hasta lo más hondo, clavó allí la daga.

La intensidad del frío lo abrazó desde la espalda, lo recorrió pleno, sus ojos se paralizaron, dejó caer el cadáver de Margaret, que tenía en sus brazos y, sin más movimiento, cayó tendido sobre él, la puerta se cerró, para dejar atrás caos, dolor y destrucción.



Figura 7. Circuitos.

ELIXIR

Al efectuar la limpieza en el cementerio, que se realizaba cada año, Plácido, el conserje, encontró un frasquito muy particular al pie de una de las tumbas. Con disimulo, lo agarró y lo guardó entre sus pertenencias, para no despertar la curiosidad entre sus compañeros. Apenas terminó el turno, presuroso, salió a casa para ver de qué se trataba.

El frasquito, al que, por una extraña razón, parecía que el tiempo no le hubiese transcurrido, le resultaba muy intrigante; dentro tenía un líquido, que se veía muy llamativo y, además, provocativo. Plácido, cautivado por el contenido, no dejó que la curiosidad lo abandonara, así que la destapó y disfrutó de un sorbo que, en particular, para nada afectó la cantidad de líquido que estaba dentro del frasco. De inmediato, su pecho se heló, le faltaba el aire y su cabeza empezó a aumentar de tamaño. Ese fue su último recuerdo.

Al día siguiente, Plácido se despertó, sin más que una pequeña resaca, se levantó y fue al baño y descubrió que en su rostro algo estaba diferente. Sin entrar en detalle, se alistó y partió al trabajo. Durante el día, recordó el frasquito que había encontrado en la anterior jornada y las ansias por volver a tomar el líquido extraño lo sofocaron; las preguntas le llegaron: ¿por qué habría perdido la conciencia?, ¿qué había sucedido tras esos instantes?

Sudaba, sentía que perdía la calma y se desmayó. Al abrir los ojos, se encontraba en su casa, recostado en el sofá, como si nada de lo que le había sucedido hubiese sido real. Con el pasar de las horas, la intriga nuevamente se hacía presente, pues el contenido que había en el frasquito le daba la impresión que dominaba toda la escena. Presuroso, se encaminó a la búsqueda del líquido. Lo bebió con frenesí y volvió a disfrutar de la extraña sustancia.

Así fue como los días empezaron su recorrido poco habitual; el éxtasis al que llegaba Plácido, cuando la sustancia estaba en sus entrañas, lo alejó de las jaquecas que solo le causaba; se convirtió en algo indescifrable, cosa que le causaba inquietud, pues no sabría qué sucedería en la siguiente ocasión que de nuevo lo ingiriera.

Así, perdió la noción completa de su vida, que incluía la relacionada con su rutina; se abandonó al placer que le proporcionaba el líquido, que lo consumía poco a poco, lo sacaba de la realidad, de la que fue consciente solo cuando, por accidente, su reflejo se vislumbró en una ventana que, por casualidad, observó, cuando quiso contemplar a través de ella la luz del sol, que era la única que le proporcionaba un momento de lucidez.

Perdió la calma y fue a corroborar si lo que estaba presente en el reflejo era real; se dirigió al baño y vio su rostro desfigurado en el espejo, que desconoció por completo; la

cabeza era enorme y sin forma; los ojos, de los que solo quedaba una pequeña muestra, se habían descompuesto y, así, pudo ser consciente de que ahora cada parte de su cuerpo era solo una masa amorfa.

La dependencia que había adquirido por aquella sustancia lo obligaba una vez más a retomar la que ahora era su rutina.

TIC TAC HOTEL

Lo primero que viste al abrir los ojos era el lobby de un hotel, te examinas y te das cuenta que tu figura no corresponde a lo que eres en realidad; sin embargo, te identificas. Te acercas a la recepción para preguntar de qué lugar se trata, sin encontrar ninguna respuesta; giras tu cabeza y ves un reloj grande y muy llamativo; al lado, una puerta a la que, en seguida, te acercas e intentas abrir.

A pesar de halarla con fuerza, se te resiste. Empiezas a desesperar; de repente, ves que a tu alrededor hay más gente, que aparece sin razón alguna; ellos también se ven aturdidos como si no supieran por qué están ahí.

El reloj da una campanada y, a lo lejos, ven cómo, de una angosta puertecita, la silueta de un sujeto misteriosamente se va a asomando; al fin, cuando llega a la luz, se revela la figura de un monje; están a la expectativa de lo que va a suceder y él, sin detener su andar, toma entre sus manos un jarrón, que se halla en medio del lobby y, sin siquiera detallarlo, entre sus manos se desvanece.

Ahora, el pánico se apodera de todos en el lugar, pues todo lo que iba tocando a su paso se convertía en ceniza; en medio de la conmoción, la puerta de la entrada —la que habías intentado abrir hacía un momento— se abre de par en par y le da paso a un señor de aspecto robusto, calvo y cojo; parece un carnicero; el delantal que lleva puesto es desagradable, con manchas de sangre y, en sus manos, sostiene un hacha que, evidentemente, había utilizado hacía poco, pues la sangre en sus mangas lo delataba.

Te sentiste en peligro con tan solo verlo; al primer movimiento que él detecta, agarra al monje y destroza su cuerpo, lo parte en dos, y el olor de sangre fresca lleva a que aparecieran unos enanos que, como animales de presa, terminan por devorar el cadáver del monje.

La gente, desconcertada y sin entender lo que estaba sucediendo, empieza a desplazarse con desespero por toda la sala y los que alcanzan a huir suben al segundo piso, pues, por una extraña razón, el carnicero no puede acceder a ese lugar, mientras oyen como, con su hacha, termina con la vida de otras tantas personas. El clamor reina.

De repente, un sonido desgarrador se levanta del fragor que entre el público se percibía. El hacha del carnicero se hallaba clavada en la cabeza de una de las personas que, en medio de aquel estruendo, se despedía de su estadía terrenal.

En medio del pánico que se había apoderado del espacio que se ocupaba, aterrados, suben un piso más, donde una aparente calma les da la bienvenida; en una de las paredes claramente se observan unos extraños garabatos y en el fondo de la sala un escritorio. Abajo, el reloj da una campanada y, sin más, aparece detrás del escritorio, frente a la

pared trasera, un personaje que, con su rostro oculto por la sombra, intenta describir lo que se había plasmado en las paredes, como si sus actos se estuvieran rebobinando de una cinta de grabación. Tal es el frenesí por terminar su actividad que, en medio de su irritabilidad, se entierra unos lapiceros en los ojos; todos están conmocionados por lo que había sucedido y lo que acababa de ocurrir; no era para menos, pues, esta vez, los gritos se apoderan de todos; reinan el caos y la desesperanza, muchas de las personas que te acompañaban colapsan, se desmayan, vomitan; en fin, crees que el momento final está próximo y sigues sin entender por qué está sucediendo este tipo de cosas.

Decidido, subes las escaleras que te conducen al siguiente piso; los demás, intrigados, te siguen; una puerta de metal protege la entrada a una sala, que abres y, apurado, ingresas; ahora, te sientes protegido, miras hacia arriba y una pequeña ranura alumbra el lugar. Inesperadamente, se percibe leve que el reloj da una nueva campanada y de inmediato sucede que las paredes empiezan a incendiarse, el fuego colma todo el lugar y las mujeres que acompañaban despiden fuego desde sus entrañas; apresurado, abres la puerta y logran salir unos cuantos que, sin pensarlo mucho, suben a lo que, al parecer, es el último piso.

Allí, encuentran un laberinto, en el que descubriste que a medida que avanzabas, se tornaba más angosto. De nuevo el reloj, se miran entre sí y, expectantes, la reacción inmediata que tienen es correr. No ves hacia atrás, solo corres. Al fin, te encuentras solo, ahora sí en el último piso del hotel; el piso es demasiado áspero, ves hacia arriba y están los tubos de ventilación; intentas colgarte para tratar de escurrirte y salir por ahí, pero te das cuenta de que el intento es completamente en vano.

Al perder la calma, tratas de encontrar otra salida; la campanada del reloj acosa y te tensionas; de pronto, una ventanita, al final de un pasillo, se vislumbra y, sin pensarlo dos veces, te lanzas.

Abres los ojos y sientes como si vivieras un *déjà vu*; estás en un lobby, con varias personas; estás aturdido, porque no saben dónde se encuentran; tu actuar es justo el mismo que el que tienes en el *déjà vu*. Se abre la puerta y el pánico se apodera de ti.